

CARTA DE UN REMOTO MUCHACHO

Querido y muy próximo Sábado:

Hay seres que son apenas puentes entre dos personas, como dice uno de sus personajes, puentes frágiles como los que improvisan los ejércitos sobre un abismo, y que son recogidos inmediatamente después que las tropas hayan pasado. Hace cerca de diez años, antes de viajar para Buenos Aires, fui procurado por uno de estos seres que, una vez cumplida su misión de puente transitorio, desapareció de mi existencia tan abruptamente como había surgido. Me pedía que le comprase *Sobre héroes y tumbas*, «de ese extraordinario argentino, Ernesto Sabato». En realidad, yo ya había oído hablar de ese nombre y de él no guardaba los recuerdos mejores. En mis días de adolescente había leído *El túnel*, que me pareciera una historia vulgar y corriente de celos, lo que en verdad comprueba que cada libro tiene una edad cierta para ser leído y es peligroso anticipar esta lectura. En aquellos días, me recuerdo bien, veíamos Buenos Aires con secreta envidia: era la capital de la América del Sur, nacida donde teníamos posibilidad de ver y adquirir películas y libros prohibidos en el Brasil, donde se respiraba toda una búsqueda de latinidad. Invidiosos por la parafernalia musical yanqui, era con reverencia casi religiosa que acariciábamos los discos de Atahualpa Yupanqui y Mercedes Sosa en las librerías de la calle Florida. Atravesar el Plata era para nosotros, brasileños, más o menos como ir a Europa, con las ventajas de que el Plata no era *tão* como el Atlántico. Y volvíamos con las espaldas curvadas—literalmente—bajo el peso de la cultura. Un amigo quería una colección de *Crisis*, otro pedía un libro de Arlt, un tercero los últimos cuentos de Borges y, en la dificultad de poder traer películas, teníamos que volver con un resumen detallado de realizaciones como *Le dernier tango à Paris*, *La grande bouffe*, *The devils*, *État de siège*, *Z*, etc.

Pero los tiempos cambian, y cambian con rapidez en América Latina. Antes todavía que los tiempos cambiaran, aquel ex amigo, puente discreto, me pedía que le comprara uno de sus libros. Se lo compré precisamente en la librería La Ciudad, cuya atmósfera siempre me

fascinó, y me dirigí a un bar, creo que en Lavalle con Suipacha, para un trago largo. Tenía varios días libres en mi frente para dedicarme al conocimiento físico de la ciudad y ninguna prisa. Mientras esperaba al mozo fui revolviendo mis compras, algunas personales y más los inevitables encargos de amigos. Abro *Héroes* y me enfrento con la nota policíaca que abre el libro: un crimen y un suicidio ocurridos en circunstancias misteriosas, frutos aparentemente de un gesto de locura, pero que ciertas ilaciones llevaban a una hipótesis más tenebrosa, en virtud de un misterioso *Informe sobre Ciegos* que Fernando Vidal Olmos había concluido en la misma noche de su muerte. Y antes que llegara el *trago largo*, mi tentación era recorrer las páginas y caer directamente en el informe. Pero preferí obedecer al orden de los hechos establecido por el autor, y durante dos gruesas centenas de páginas permanecí fascinado por la ausencia omnipresente de Vidal Olmos. Es ocioso decir que en aquellos días abandoné todos mis proyectos turísticos e, inclinado sobre su libro, descubrí una Buenos Aires profunda y subterránea, escondida al visitante que no dispone de un guía como Sábato. Después de haber recorrido con Olmos cavernas, sectas e incestos, al llegar a aquel reposo final, cuando el angustiado Martín orina al lado de Bucich, el chófer de camión, bajo el poncho estrellado de pampa, tomé una decisión inmediata: compré su obra completa. Era necesario volver a leer *El túnel*, quien escribió *Héroes* no podía haber cometido tonterías. Y más *Uno y el Universo*, vamos a oír el primer vagido del autor. Y más *El escritor y sus fantasmas*, cuyo título me excitaba. Eran los días de lanzamiento de *Abaddón, el exterminador*. Considero que un buen libro es el mejor regalo y, para espanto del librero, compré varios ejemplares.

Hablaba en el ex amigo que me llevó a su encuentro. Entusiasmado con la independencia intelectual de Ernesto Sábato ante las zalamerías de izquierda y derecha, pasé a divulgarlo entre amigos y en los periódicos para los cuales escribía. Pero vivimos tiempos dogmáticos, en que ideologías enfermas se sobreponen a este anti-quísimo y hoy casi olvidado sentimiento, la amistad. Y el amigo que me encargara con entusiasmo *Héroes*, por ver en Sábato un escritor que trataba de los problemas de la condición humana, ahora se encerraba en un agrio mutismo, refunfuñando alguna cosa sobre literatura psicológica y decadente. Vivíamos entonces en el Brasil —y vivimos aún— bajo el imperio de las «patrullas ideológicas», fenómeno que no le es extraño: un hombre piensa con su propia cabeza y se ve luego entre dos fuegos: primero, la censura del *establishment*, que detesta todo pensamiento nuevo, y después, la censura de una pretensa oposición que también detesta lo nuevo, ya que sus ambiciones

no giran exactamente en torno a un mundo más humano, pero tienen en mira la posesión inmediata del poder. El silogismo es tan ridículo cuanto primerizo: sólo los marxistas o los *compagnons de route* son buenos escritores. Entonces, Sábato no solamente no es marxista, sino que abandonó —y osó criticar— el marxismo. Luego Sábato no es buen escritor.

Obedeciendo al mismo proceso mental que hizo que Sartre un día dijera a Camus que «l'amitié, elle aussi, tend à devenir totalitaire; il faut l'accord en tout ou la brouille, et les sans-parti eux-mêmes se comportent en militants de partis imaginaires», un bello día el amigo que me llevara a su encuentro pasó a acusarme de reaccionario por el hecho de defender los mismos ideales de libertad que usted defiende. Cumplida su misión como puente, este amigo desapareció de escena y de estas reflexiones.

Nací en Santana do Livramento, querido Sábato, y este detalle no es gratuito. Hijo del campo, me crié entre contrabandistas, y muchas veces cebé un mate para un guardia aduanero venido de la ciudad, en cuanto que a media legua de allí algunos paisanos pasaban bueyes u ovejas para el Uruguay o en sentido inverso, conforme el precio de la lana o de la carne. Contrabandista desde la cuna, muy temprano me desinteresé por el ganado, pero ni por esto abandoné el vicio de fronterista. Y después de aquel trago largo en la Suipacha atravesé el Plata con el cerebro repleto de mercancía inefable, imperceptible a los vigilantes de fronteras. Pues el contrabando más importante no es el de bueyes u ovejas, mas el de las experiencias que nos fecundan el espíritu cuando nos sumergimos en otra cultura.

De esto se habrán dado cuenta más tarde los hombres de la aduana, pues cuando volví a la Argentina para darle un abrazo y tomar el barco que me traería a Europa, en mis maletas buscaron una mercancía específica:

—¿Qué tiene usted en este bulto?

—Ropas.

—¿Y en éste?

—Regalos.

—¿Y en este otro?

—Libros.

—Abralos.

El pequeño funcionario repentinamente se vistió de aires de crítico literario y, con la nonchalance de quien arranca los pétalos de una margarita, afirmaba: éste es bueno, éste no lo es, éste sí, éste no. La Argentina había cambiado. Del más importante centro edi-

torial de América del Sur pasara a ser gobernada por hombres que temían los libros, es decir, las ideas.

En aquellos años, querido Sábado, yo vivía mis días de Juan Pablo Castel: había perdido a Dios, en Marx mi intelecto se recusaba a creer, y poca o ninguna confianza alimentaba en mí mismo. En la Filosofía buscara respuestas a ciertas angustias, y en la Filosofía solamente encontré abstracciones que llevaban a callejones sin salida. En el Derecho tentaba encontrar satisfacción a mis ideales de justicia, y en el Derecho veía un sistema de opresión de un pueblo por una élite desprovista de cualquier sentido de humanidad. Para comer hacía periodismo, sin mayores entusiasmos, consciente de la definición gi-deana: periodismo es lo que mañana interesará menos que lo de hoy. Algunos ensayos y cuentos publicados, y la sospecha atroz de que la literatura tal vez no fuera mi mejor rumbo. Fue cuando leí su mensaje lanzado al mar, aquellas densas y sufridas páginas de *Abaddón, el exterminador*, «dirigidas a un querido y remoto muchacho»:

«Te desanimás porque no sé quién te dijo no sé qué. Pero ese amigo o conocido (¡qué palabra más falaz!) está demasiado cerca para juzgarte, se siente inclinado a pensar que porque comés como él es tu igual; o, ya que te niega, de alguna manera es superior a vos. Es una tentación comprensible: si uno come con un hombre que escaló el Himalaya, observando con suficiencia cómo toma el cuchillo, uno incurre en la tentación de considerarse su igual o superior, olvidando (tratando de olvidar) que lo que está en juego para ese juicio es el Himalaya, no la comida.»

Para mí, que vivía una peligrosa fase de incredulidad en todo y en todos, sus frases me sonaron como una tabla lanzada a un naufrago. Tal vez el mundo no fuera, sí tan negro, negro sería mi pesimismo.

«Y por eso tan pocas veces el creador es reconocido por sus contemporáneos: lo hace casi siempre la posteridad contemporánea que es el extranjero. La gente que está lejos. La que no ve cómo tomás el café o te vestís.»

No estaba todo perdido. Y el ex abogado incrédulo del Derecho, el ex principiante de filósofo fugitivo de filosofías que reducían el hombre a conceptos, el ex periodista cansado de periódicos que gotaban sangre y mentira, volvió a tocar en una puerta olvidada, bisagras enmohecidas, más allá de la cual sospechara un día que no existía salida. Me pregunto hoy cuántas respuestas tendrá recibido su carta y cuántos jóvenes habrán sido salvados del vacío donde naufragaron

Castel y Meursault. De su lectura queda una pregunta: si yo me salvé, ¿por qué no tú?

Hoy, mirando para atrás y tentando sacar de mis vagabundeos algunas enseñanzas, primero quiero agradecerle la mano desde lejos extendida y después agradecer a Dios por no existir, ausencia que permite al hombre este vagido, solitario y solidario, que llamamos literatura.

JANER CRISTALDO

Traducción: Juan José Mouríño Mosquera

Riachuelo 948-506
PORTO ALEGRE 90000 (BRASIL)